

Félix Torán

# La varita

*Mágica*



**Copyright © 2014 Félix Torán Martí**

**Copyright © 2014 Diseño de la cubierta y las ilustraciones realizadas por Carolina Constantino para Félix Torán (autor). Todos los derechos de explotación de dichas imágenes han sido transferidos en exclusiva a Félix Torán (autor).**

Dedicado a mis hijos Carla y Adrián. Ellos han sido partícipes de esta historia y han aprendido a través de ella. Mi deseo es que esta obra llegue a ayudar al mayor número de niños en el mundo hacia una transformación personal positiva, tal y como lo ha hecho con mis hijos. También dedicado a mi esposa, Silvia, por su amor incondicional y por acompañarme siempre con entusiasmo en todas mis aventuras literarias

# El autor



Félix Torán es un escritor que, además de escribir libros, se dedica a la ciencia y a la ingeniería. Trabaja en la agencia

espacial europea desde el año 2000. Es experto en crecimiento personal y, en sus ratos libres, desde hace quince años, se dedica a estudiar mucho sobre cómo ser más felices y tener más éxito en la vida, y dedica gran parte de su tiempo a ayudar a otras personas a ser mejores y más felices cada día. Da muchas conferencias y escribe mucho, y sobre todo, disfruta con todo lo que hace. Es padrino en España de la Axe Apollo Space Academy (AASA), que ha elegido al primer español que va a viajar al espacio como un turista, que se llama Eduardo Lurueña. Tres libros de Félix Torán van a ser los primeros libros españoles en viajar al espacio, de la mano de Eduardo. Ha escrito once libros de crecimiento personal, y más de 150 publicaciones sobre ciencia e ingeniería.

A Félix Torán le encanta que le contacten sus lectores y se puede hacer en la dirección de e-mail: [info@felixtoran.es](mailto:info@felixtoran.es)

Félix Torán comparte cientos de recursos sobre crecimiento personal en su página web: <http://www.felixtoran.es>

# Contenido

## Los personajes

1. Carly y Adry en el colegio
2. Carly no está contenta...
3. El consejo del abuelo Juan
4. Carly y Adryse enfrentan al primer reto
5. Los primeros obstáculos
6. El segundo paso
7. Atención, atención, atención
8. Aparecen las sincronicidades.
9. El tercer nivel
10. Un día de acción
11. El último paso
12. Más lecciones sobre las resistencias
13. Carly y Adry detectan resistencias interiores
14. Carly y Adry aprenden a invertir resistencias
15. La varita mágica completa
16. Día de celebraciones
17. Una pequeña lección para Mely





# Los personajes



**Carly.** Una niña de 8 años, llena de actividad, con muchas

ganas de conocer cosas nuevas y comprender todas las experiencias que vive cada día. Desea entrar en acción continuamente, y eso le lleva frecuentemente a estar con la mente ocupada planificando y razonando. Como consecuencia, pierde la atención de lo que está ocurriendo en el presente, y no repara en muchos detalles de lo que está sucediendo. Está llena de preguntas y cuando un proyecto entra en su cabeza, desea con todas sus fuerzas hacerlo realidad y no deja de luchar por completarlo con éxito. Cuando no logra el éxito, o se bloquea en el camino hacia sus deseos, se siente mal, se enfada y pierde la calma. Carly adora a los insectos, y no puede evitar observarlos.





Adry

**Adry.** Niño de 7 años, hermano de Carly. Es mucho más sereno que su hermana. Al contrario que ella, Adry mantiene un mayor contacto con el presente. Observa con atención, razona serenamente, y toma decisiones más prudentes y menos impulsivas que las de su hermana Carly. Tiene una excelente memoria y recuerda hasta los más mínimos detalles de cada situación. Aporta un toque de prudencia y evita que su hermana cometa errores y se precipite en muchas ocasiones.

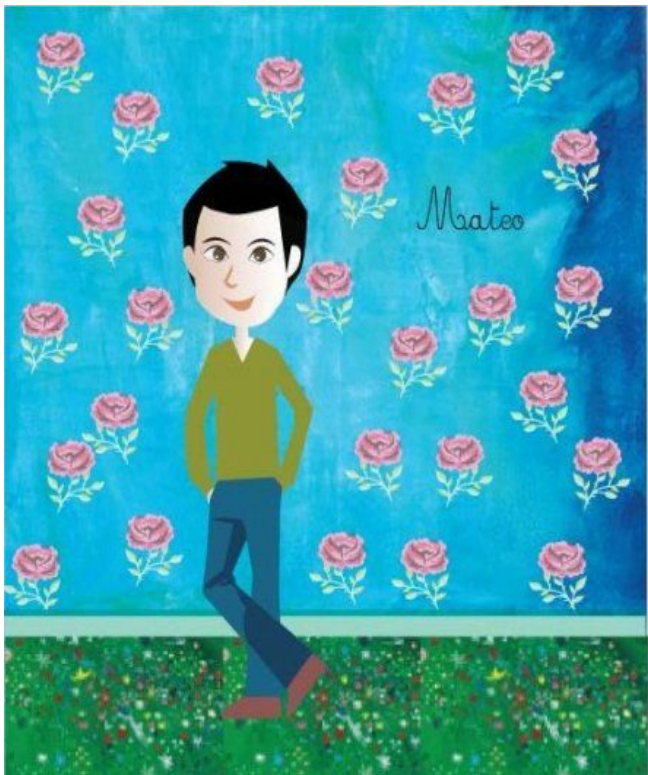


Lily



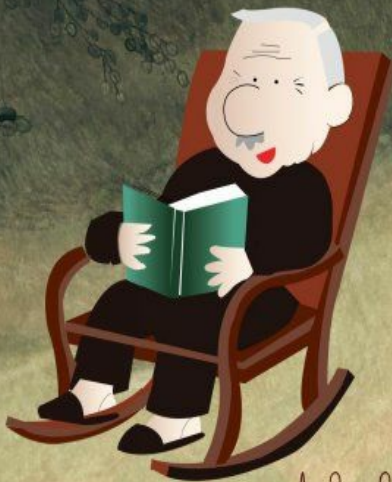
**Lily.** La madre de Carly y Adry, e hija del abuelo Juan. Es muy cariñosa, bondadosa y, sin duda, buena madre. Carly y Adry la consideran la mejor madre del mundo, y la reciben con un gran abrazo todas las tardes cuando va a recogerles al colegio.





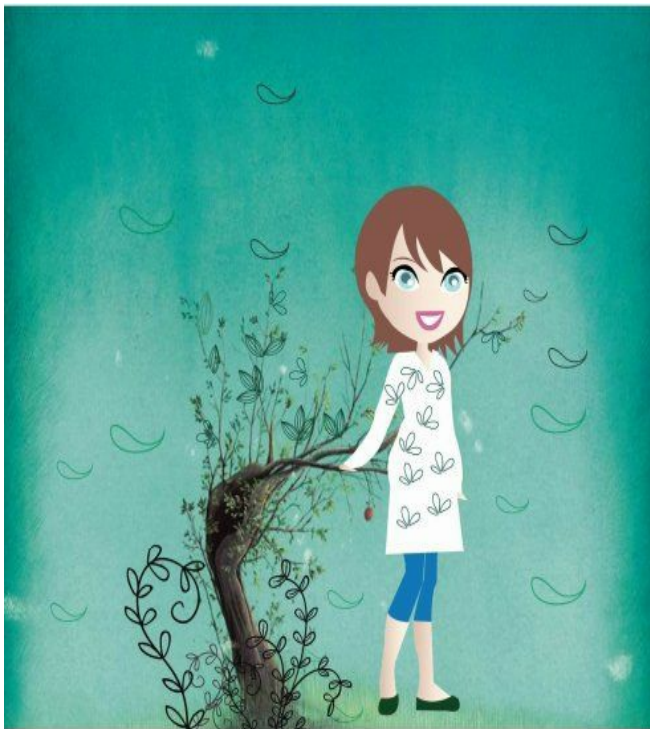
Mateo

**Mateo.** El padre de Carly y Adry. Muy trabajador, y un buen padre que quiere mucho a sus hijos y les da siempre muy buenos consejos.



Abuelo Juan

**Abuelo Juan.** El abuelo de Carly y Adry. Anciano y bondadoso, lleno de experiencia en la vida y buenos consejos. El abuelo Juan pasa mucho tiempo sentado en la mecedora de su habitación, dentro de la casa donde vive junto a Carly, Adry y sus padres. Acostumbra a leer libros. Su aspecto transmite sabiduría. Tiene mucho que contar a sus nietos. Sus consejos van mucho más allá de lo que los niños aprenden en el colegio, y logran una auténtica transformación en ellos, de la que los niños no se olvidarán en toda su vida.



**La señorita Dulcy.** La profesora de Carly en el colegio. Muy agradable y sonriente, pero sin dejar de infundir un gran respeto entre sus alumnos.





**Mely y Emy.** Son las amigas de Carly, con quienes más juega durante los recreos. Mely es una niña con cierta necesidad de sentirse superior y con tendencia a la envidia. Quiere sentirse superior a sus amigas y que le guarden respeto. Le gusta mandar y sentir que le obedecen. Necesita impresionar a sus amigas para perpetuar su superioridad. Por otro lado, Emy es una niña muy bondadosa y cariñosa, una verdadera amiga de Carly que no



busca problemas, discreta, solidaria y obediente.



Hike



**Kike y Manu.** Son los amigos de Adry, con quienes pasa más tiempo durante los recreos en el colegio. Tienen la costumbre de jugar a las carreras de atletismo en el recreo, y ellos dos siempre logran ganar a Adry, por lo cual se sienten orgullosos y con cierto aire de superioridad.



# 1. Carly y Adry en el colegio



Era una mañana de invierno. Era la hora de levantarse para ir al colegio y Lily, la madre de Carly y Adry, despertó a sus hijos cariñosamente como todas las mañanas.

—¡Mamá, estoy muy cansada! —dijo Carly— ¡Si hoy no voy al colegio nadie se va a dar ni cuenta!

—No hija. Tu profesora se dará cuenta —respondió Lily—. Además, tú perderás la oportunidad de aprender muchas cosas importantes para tu futuro.

Carly soltó un gruñido, pero obedeció a su madre, se incorporó, y comenzó a vestirse. Al poco rato ya estaba lista y llena de ilusión para comenzar un nuevo día, que sin duda estaría lleno de diversión, sorpresas y muchas cosas que descubrir. Cuando Lily se acercó al dormitorio de Adry, se encontró con un escenario similar...

—¡Mamá, estoy muy cansado! —exclamó Adry—. ¡No quiero ir al colegio!

—El colegio es muy importante. Además, te diviertes mucho con tus amigos.

—¡A veces no! —respondió Adry mostrando un rostro triste—. Todos mis amigos me ganan en las carreras, y a veces me pongo triste...

—Entonces tienes más razones para ir al colegio. Allí tendrás más oportunidades para ganar esas carreras, y además aprenderás muchas cosas útiles e importantes.

Al llegar al colegio, Adry y Carly dieron un beso de despedida a su madre, y se dirigieron hacia el recreo. Allí se encontraron con sus amigos. Carly se fue a jugar con sus amigas Mely y Emy, mientras que Adry se reunió con sus amigos Manu y Kike. Poco antes de que sonara la campana para entrar en clase, Mely dijo a sus amigas:



—Tengo un superpoder muy especial. ¿Queréis saber cuál es?

—¡Sí! —respondieron inmediatamente Emy y Carly.

—Mi poder especial consiste en que puedo convertir cosas en piedras. Observad...

Mely sacó de su bolsillo un caramelo de chocolate envuelto en papel blanco. Lo sostuvo en su mano, y apuntó su mirada hacia el caramelo, poniendo la cara de una auténtica chica con poderes mágicos. Emy y Carly miraban con la boca abierta, convencidas de que algo asombroso iba a ocurrir. Adry no pudo evitar acercarse a mirar también. Al cabo de unos segundos, Mely le pidió a Carly que abriera el caramelo. Carly lo hizo, y no pudo evitar gritar de admiración cuando se encontró con una auténtica piedra en el interior. Adry también se quedó asombrado.

—¡Guau! ¡Mely tiene superpoderes! —dijeron Emy y Carly casi al mismo tiempo.

Mely sonrió. Su rostro transmitía que se sentía orgullosa y, sin duda, superior a sus amigas. La campana sonó, y todos entraron en sus respectivas clases.



## 2. Carly no está contenta...

Esa misma noche, Lily acostó a su hijo Adry, que le contó el maravilloso superpoder que tenía Mely para convertir cosas en piedras. Cuando dijo buenas noches a Carly, su rostro transmitía un gran desánimo.

—¿Qué te ocurre, hija mía?

—Mely tiene superpoderes, y yo no.

—Seguro que tú también tienes superpoderes, pero tendrás que encontrar cuáles son. Es cuestión de paciencia, no tengas prisas ni sufras por ello, hija mía.

—¡Pero necesito encontrar mi superpoder ya! —respondió Carly mientras comenzaba a llorar.

—Ten paciencia... Si esperas un poco más lo conseguirás antes de lo que puedas imaginar.

—¡Pero no puedo esperar mamá!

Lily se quedó pensativa, y entonces se le ocurrió una gran idea. Dijo a su hija:

—Carly, recuerda que nunca estarás contenta si buscas problemas. Si quieres sentirte feliz, en lugar de buscar problemas, busca soluciones.

—¿Y qué solución tiene mi problema? ¿Cómo puedo encontrar cuál es mi superpoder?

—No tengo la solución, hija mía... Pero, al menos, se me ocurre una idea... ¿Por qué no hablas con el abuelo Juan? Él es muy sabio. Conoce muchas cosas sobre la vida que te pueden ayudar mucho.

A Carly le pareció una genial idea. Dio las gracias a su madre y, de un salto, se dirigió hacia la puerta de la habitación.

—¡Ahora mismo voy a hablar con el abuelo Juan!

—dijo Carly.

—No, hija mía—respondió su madre. El abuelo

Juan está durmiendo en su habitación—. Mañana tendrás la oportunidad de hablar con él y estoy segura de que te ayudará con sus consejos. Debes tener paciencia.



Carly estaba muy impaciente, pero se dio cuenta de que su madre tenía razón. Hizo un gran esfuerzo para ser paciente y, sin perder ni un segundo, anotó en su agenda un recordatorio para el día siguiente:

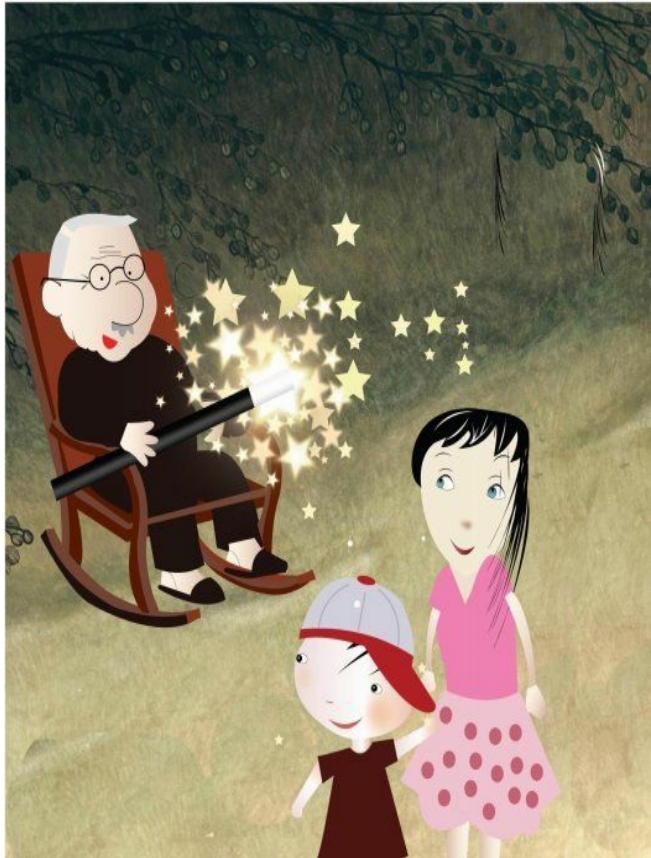
**PEDIR AYUDA AL ABUELO JUAN PARA  
CONSEGUIR DESCUBRIR CUÁL ES MI  
SUPERPODER.**

Carly cerró los ojos y durmió muy ilusionada, porque tenía un plan muy emocionante para el día siguiente. Estaba segura de que su abuelo Juan le ayudaría a encontrar cuál era su superpoder.





### **3. El consejo del abuelo Juan**



Como cada mañana, Carly desayunó junto a toda su familia. Lily preparó un delicioso desayuno con galletas, cereales, frutas y zumo de naranja. Mateo (el padre de Carly y Adry) leía el periódico y comentaba las noticias con Lily y el abuelo Juan. Adry y Carly hablaban sobre un nuevo juego que había inventado su amiga Emy, y al que jugarían ese día en el recreo.

Carly terminó su desayuno, y como hacía cada día, abrió su agenda. Enseguida, se encontró con la nota que había escrito la noche anterior, y sin tan siquiera haber cerrado su agenda, habló con su abuelo.

—Abuelo Juan, necesito tu ayuda...

—Por supuesto Carly —respondió el anciano mostrando una cariñosa sonrisa—. Dime lo que te preocupa, y yo te ayudaré.

La pequeña contó a su abuelo su problema. El abuelo Juan se rascó su barbilla en tono pensativo, y permaneció en silencio unos segundos. Entonces, añadió:

—Puedo ayudarte a encontrar un superpoder. Uno de los más grandes que existe, si no el que más. Se trata del poder de conseguir hacer realidad tus sueños. Es el mayor poder que reside en los seres humanos, y está dentro de cada persona. Pero solo unos pocos se dan cuenta de ese poder y lo utilizan.

—¡Qué bien! —respondió Carly.

—Eso sí, ningún poder se adquiere rápidamente, ni tampoco sin esfuerzo. ¿Estás dispuesta a trabajar duro para adquirir ese superpoder enorme?

—¡Sí abuelo! —respondió Carly dando un salto de la silla y mostrando una gran sonrisa, que reflejaba

lo feliz que se sentía.

—¡Estupendo! Pero deseo que Adry también adquiriera ese superpoder. ¿Aceptas el reto tú también, Adry?

El pequeño asintió de inmediato, y mostró una sonrisa tan sincera y feliz como la de su hermana. El abuelo Juan les invitó a acompañarle a su habitación. Una vez allí, sacó de su bolsillo una llave y abrió un cajón de su escritorio. De allí extrajo una varita mágica. Los niños le miraron con la boca abierta. Más boquiabiertos aún se quedaron cuando vieron que el abuelo Juan sacaba también una tijera del cajón, y troceaba la varita en cuatro partes iguales.

—Pero, abuelo Juan, ¿por qué la has roto? ¡Ahora ha perdido su poder! —dijo Carly.

—No te preocupes. El poder que representa esta

varita no está únicamente en ella. Se encuentra en todas partes. Está incluso dentro de ti, solo que no te das cuenta todavía. Para que consigáis descubrir ese poder en vuestro interior y aprender a utilizarlo, tendréis que seguir cuatro pasos muy importantes. ¡Son cuatro retos! ¿Los aceptáis?

Los niños respondieron afirmativamente y con gran entusiasmo. El abuelo les explicó que, por cada reto que superaran, recibirían un trozo de varita. Cuando lograran reunir los cuatro trozos, los dos recibirían sendas varitas completas.

Carly, impaciente, no pudo evitar pedirle a su abuelo que les contara en qué consistía el primer reto. El abuelo les pidió paciencia. Les dijo que esa misma tarde, cuando volvieran del colegio, les daría su primera misión. Los niños se mostraron muy ilusionados y motivados.

—Por cierto, abuelo, ¿ese poder tiene algún nombre?

—No necesita ningún nombre, pero como tenemos que referirnos a él de algún modo, le podemos llamar “La ley de la atracción”.





#### 4. Carly y Adry se enfrentan al primer reto

Lily y Mateo fueron juntos a recoger a sus hijos al colegio. Tan pronto salieron, los pequeños fueron corriendo a abrazar a sus padres. Lily les entregó su merienda, que consistía en dos deliciosas compotas de manzana natural y dos porciones de tarta de chocolate, todo elaborado por ella de forma natural. Comieron su merienda más rápido de lo habitual... Estaban demasiado impacientes por llegar a casa y descubrir cuál sería el primer reto que les encargaría el abuelo Juan.

Una vez en casa, el abuelo Juan les pidió que se reunieran en su habitación. Antes de que pudiera darles alguna indicación, Carly preguntó:

—Abuelo Juan, ¿cuál es el primer reto que tenemos que lograr?

—Veo que tenéis muchas ganas de comenzar. ¡Eso

me alegra mucho! Pero lo más importante es que seáis capaces de mantener ese entusiasmo. Recordad que cada reto implica un esfuerzo por vuestra parte. Si no tenéis paciencia y os esforzáis, no lo lograréis. ¿Seguro que estáis dispuestos a hacer ese esfuerzo?

—¡Sí! —respondieron ambos con una sonrisa, al mismo tiempo que daban un salto.

El abuelo tomó un trozo de la varita y lo mostró a los niños, añadiendo:

—Para ganar este primer trozo de la varita, deberéis aprender a usar el primer paso de la ley de la atracción.

—¿En qué consiste abuelo?

—Se trata de aprender a ver...

Los niños se quedaron en silencio, y la duda se reflejó primero en sus rostros, y después en las

palabras de Adry, que replicó:

—Pero, ¡ya sabemos ver! ¡Y lo vemos todo muy bien!

—¡Es cierto! —respondió el abuelo, acompañando sus palabras con una carcajada—. Pero no me refiero a ver con los ojos...

Adry y Carly se quedaron todavía más confundidos. ¡Ahora sí que no entendían nada! El abuelo Juan se dio cuenta y, de hecho, esperaba esa reacción en ellos. No tardó en explicarles de lo que estaba hablando en realidad. Les contó que existen otras formas de ver, que no precisan de los ojos. Y la forma de ver a la que él se refería era la capacidad de ver con la mente.

El abuelo les explicó que la mente tiene la capacidad de crear imágenes, sonidos, sensaciones, palabras, etc. Todo ello lo podemos

hacer incluso con los ojos cerrados. Allí dentro se pueden crear nuestros mayores miedos, pero también podemos dar vida a nuestros más anhelados deseos. Para lograrlo, utilizamos la visualización creativa. ¡Qué nombre más divertido!

El abuelo les dio unas instrucciones precisas para comenzar:

1. Sentarse cómodamente, y con la espalda recta.
2. Cerrar los ojos.
3. Respirar profundamente y observar cómo su abdomen (al que ellos llamaban “la tripita”) se movía al respirar.

Los niños siguieron las indicaciones al pie de la letra. El abuelo permaneció en silencio. Tras un par de minutos, Carly abrió los ojos. El abuelo dijo:

—¿Te has distraído, Carly!

—¿Y ahora qué hago abuelo?

—Distraerse no es grave. Es normal. Lo importante es que ahora sabes que te has distraído. Sencillamente, vuelve a cerrar los ojos y observa tu respiración. ¡Y no los abras hasta que yo te lo diga, aunque pase mucho rato!

Carly hizo caso. Por su parte, Adry logró mantenerse concentrado, sin distracciones. A él le resultaba más sencillo pues, por naturaleza, era mucho menos impaciente que su hermana. Al cabo de unos cinco minutos, el abuelo Juan les pidió que (sin abrir los ojos) imaginaran su deseo más anhelado hecho realidad, como si ya estuviera ocurriendo. Tenían que ver ese deseo en su mente como si fuera una película, que estaba sucediendo en ese momento.



Tenían que vivir una especie de película fantástica. Pero, en lugar de ocurrir sobre la pantalla de un cine, ocurriría dentro de su mente. Y lo más bonito de todo es que, en este caso, ellos eran los directores de la película, y podían decidir todo lo que ocurriera en ella. Tenían que sentirlo como si ya fuera real.

Los niños hicieron lo que el abuelo les dijo. Adry visualizó en su mente que se encontraba en el recreo, compitiendo en una carrera con sus amigos Manu y Kike. Los dos le miraban con una sonrisa, y Kike le decía que no iba a lograr ganar (como de costumbre). Pero Adry salió corriendo tan rápido, que antes de que sus amigos dieran dos pasos, ya había llegado a la meta. Sus amigos le miraban con admiración y con la boca abierta, y Adry se sentía muy feliz con su superpoder.



Por otro lado, Carly se encontró con un problema que el abuelo Juan ya había anticipado... ¡No sabía muy bien qué visualizar! Dejó flotar a su imaginación, y a su mente acudió una idea, como por arte de magia. Se imaginó a sí misma paseando por el recreo del colegio. Cada vez que miraba algún objeto, lo congelaba mediante un rayo que salía de sus ojos. Todas sus amigas le miraban con admiración, y al mismo tiempo, con cierto respeto. Dejó vía libre a su imaginación, hasta el punto de que creía que lo que estaba visualizando era completamente real. Se encontraba en ese momento mirando un árbol, que quedó convertido en un bloque de hielo. De repente, la película se cortó con la voz del abuelo Juan, que les dijo que era el momento de abrir los ojos.



## 5. Los primeros obstáculos

El abuelo les preguntó:

—¿Qué habéis visto en vuestra mente?

—Yo he ganado una carrera a mis amigos, y se han quedado impresionados al verme correr a la velocidad de un rayo —respondió Adry.

—Y yo he utilizado un poder especial, que consiste en convertir en hielo todo aquello que miro con mis ojos —añadió Carly.

—¡Estupendo! ¡Buen trabajo chicos! Pero hay algo que necesito saber... ¿Os habéis sentido bien?

Adry respondió afirmativamente, casi al instante. Era como si hubiera vivido realmente lo que imaginaba en su mente. Ahora tenía una idea más clara que nunca de lo que se debía de sentir al ganar una carrera.

Sin embargo, Carly no lo tenía tan claro...

—Abuelo, no estoy segura de haberme sentido demasiado bien. ¿He hecho algo mal?

—¡En absoluto! Lo que has experimentado es habitual, sobre todo al principio, y forma parte del proceso. ¿Sabes? Las emociones son muy poderosas. Te ayudan a saber si lo estás haciendo bien.

—¿Cómo, abuelo?

—Cuando te sientes muy bien, sabes que ya has completado el primer paso, como le ha ocurrido a Adry. Sin embargo, si te sientes mal, entonces tienes una señal muy clara de que no vas por buen camino, y debes cambiar lo que estás visualizando.

—Pero a mí no me ha pasado eso. Yo no me he sentido mal... Ni tampoco bien... ¿Qué significa?

—Si no te sientes ni bien ni mal significa que aún debes seguir haciendo cambios hasta que te logres sentir bien —respondió el abuelo con una sonrisa

y voz dulce. En tu caso, has imaginado algo que es imposible, porque viola las leyes del universo: no es posible congelar objetos con la mirada, al igual que no es posible que los objetos caigan hacia arriba. Te propongo que lo intentes de nuevo, pero esta vez cambia tu película. Intenta imaginar otro deseo, pero que sea algo que no contradiga a las leyes universales. Seguro que así te sentirás bien.

Carly obedeció a su abuelo, cerró los ojos, y se propuso cambiar lo que estaba visualizando. Tenía que pensar en algo muy diferente. En ese momento, una mosca se posó sobre su nariz, y le hizo cosquillas. La mosca permaneció allí sin moverse durante varios segundos. No parecía tener intención de salir volando. Sabía —porque lo había visto más de una vez— que muchos adultos reaccionarían ante una situación como esa intentando golpear al insecto. Sin embargo, ella sentía algo diferente. Para Carly, el hecho de tener una mosca descansando en su nariz le inspiraba

ternura. Significaba que la mosca era feliz allí con ella.

Fue entonces cuando se le ocurrió una gran idea. Se dio cuenta de que aquello que más le gustaría consistía en lograr que los insectos fueran sus amigos y se sintieran muy felices con ella. Realmente sentía una gran pasión por los insectos desde muy pequeña. Siempre que veía alguno, no podía evitar acercarse, tomarlo en sus manos con delicadeza, y analizarlo. ¡Incluso había logrado domar a alguno de ellos!

Sin perder tiempo, Carly se visualizó a sí misma en el recreo de su colegio. A su alrededor había todo tipo de insectos muy felices, que la seguían a todas partes. Los insectos se dejaban coger, porque confiaban en Carly, y cuando los colocaba sobre su brazo, no intentaban escapar. Se quedaban allí con ella. Entonces se sintió muy bien. ¡Mejor que nunca!

—Abuelo, ¡ya lo he logrado! ¡Me he sentido bien!

—¡Eso es maravilloso! ¡Ya has activado la ley de la atracción! Y como los dos lo habéis hecho muy bien, os entrego el primer trozo de varita mágica.

Los niños saltaron de alegría. Pero al cabo de unos segundos, la cara de Carly se tornó seria, y preguntó:

—Pero, ¿cómo voy a hacer realidad lo que acabo de ver en mi mente?

—¡Acabas de dar con una trampa muy importante! La trampa del *cómo*.





El abuelo Juan les explicó que la mente es así. Nos intenta hacer creer que no vamos a lograr lo que visualizamos. El culpable es una especie de monstruo que habita en nuestro interior, que se llama **ego**. Te intenta convencer de que no lograrás lo que visualizas, porque no sabes *cómo* hacerlo. Para vencerle, no hay que luchar contra él. Si peleamos con él, se hará más grande y será cada vez más difícil de vencer. Tampoco se trata de rendirnos y dejar que haga lo que quiera con nosotros. Hay que decirle: “Hola, sé que estás ahí” y entonces ignorarle, como si no existiera, y continuar con lo que hacías. De esa forma, se dará cuenta de que no te hace daño y, al final, terminará cansándose, y se irá.

—Cada vez que creas que no vas a alcanzar tu deseo porque no sabes *cómo* hacerlo, piensa: “No me engañas ego: pronto sabré *cómo* hacerlo. Adiós.” y vuelve a visualizar tu deseo tal y como lo hacías. Al final, el ego se irá. Es realmente un

monstruo poderoso, y utiliza el *cómo* (entre otras muchas cosas) para tendernos trampas muy variadas.

—¿Como cuáles, abuelo? —preguntó Carly muy interesada.

—Te voy a poner un ejemplo. Si visualizas que puedes volar, es posible que te imagines a ti misma con alas. El ego logrará que te preguntes *cómo* podrías tener alas. Que un ser humano tenga alas viola las leyes del universo, así que es fácil que concluyas que es imposible. Habrás caído en la trampa del *cómo*...

—Pero, ¡es así, abuelo! ¡Es imposible! En realidad el ego tiene razón...

—No del todo. Por ejemplo, podrías visualizarte volando, sin entrar en los detalles de *cómo* lo haces. Y así evitarías las trampas del *cómo*, y quizá te llevarías una bonita sorpresa algún día... Por ejemplo, hace más de cien años, los hermanos Wright se visualizaron volando, y gracias a ellos y a todos los esfuerzos que el ser humano ha hecho

motivado por ellos, hoy día existen aviones que nos transportan a grandes distancias. ¿Te das cuenta de la diferencia? Os lo voy a escribir en un papel y en mayúsculas para que nunca lo olvidéis:

PARA UTILIZAR CORRECTAMENTE LA LEY DE LA ATRACCIÓN HAY QUE VISUALIZAR EL *QUÉ*, PERO NO EL *CÓMO*

Para finalizar, el abuelo les pidió que hicieran un dibujo representando su deseo hecho realidad. Tenían que salir ellos dibujados en él, muy felices. Lo más importante era que disfrutaran mucho y se sintieran muy felices mientras lo dibujaran.

Se pusieron a trabajar de inmediato, y terminaron sus dibujos antes de cenar. Realmente, disfrutaron mucho. Carly se dibujó a sí misma rodeada de insectos felices, con muchas sonrisas. Adry garabateó un muñequito que era él, y se mostraba

ganando una carrera, con todos sus amigos aplaudiendo y sonriendo mientras cruzaba la meta.

El abuelo tomó los dibujos, y con una gran sonrisa les dijo:

—¡Enhorabuena, chicos! Ahora habéis activado con mayor fuerza la ley de la atracción. Cuando se dibuja en un papel lo que queremos lograr, algo mágico ocurre, y todo en el universo se empieza a mover para que lo consigamos por la vía más rápida. Aunque, todavía hay una forma de darle mayor fuerza a lo que habéis hecho. ¿Queréis conocerla?

—¡Sí! —respondieron los niños con entusiasmo.

—Se trata de escribir, junto a vuestro dibujo, una frase que resuma vuestro deseo. Tiene que empezar por “Yo”, y debe indicar lo que deseáis y lo bien que os sentís.

Carly y Adry se pusieron a pensar, y no tardaron en mostrar sus frases al abuelo. Carly escribió:

YO SOY MUY FELIZ PORQUE TENGO  
MUCHOS AMIGUITOS INSECTOS QUE ME  
QUIEREN.

Por su parte, la frase de Adry fue:

YO GANO MUCHAS CARRERAS EN EL  
RECREO Y ME SIENTO MUY FELIZ.

El abuelo les pidió que llevaran bien guardado el papel con sus frases, y siempre a mano. Les animó a que miraran el dibujo y leyeran sus frases varias veces durante el día. De esa forma, la ley de la atracción se activaría antes y con mayor fuerza.

Les advirtió de algo importante: no debían mostrar

ni sus frases y ni sus dibujos a nadie, y tampoco hablar de ello (en su debido momento les explicaría por qué).

Finalmente, les pidió que se encontraran con él en su habitación al día siguiente, justo después de merendar, para conocer el segundo reto.

Para Carly y Adry, la tarde se había pasado volando junto al abuelo. Todos juntos compartieron una cena muy feliz. Los niños se sentían realmente entusiasmados, y con mucha curiosidad por saber cómo continuar utilizando la ley de la atracción...



## 6. El segundo paso

Un día más, Carly y Adry fueron a la escuela, y jugaron en el recreo. Mely volvió a presumir ante sus amigas del maravilloso superpoder que tenía. Convirtió un nuevo caramelo en piedra, ante el asombro de sus amigas, que la miraban con admiración. Pero Carly no se sintió mal esta vez. Ahora sabía que el superpoder más grande del mundo estaba dentro de ella, y en realidad, dentro de cualquier ser humano. Ahora veía claro que Mely no era superior a ella, ni a nadie más, porque nadie tiene más poderes que nadie.

Tras un largo día de colegio, Carly y Adry no se sentían precisamente agotados. ¡Tenían más energías que al comenzar el día! Y el entusiasmo procedía —ante todo— de su ilusión por llegar a casa y hablar con el abuelo Juan, para saber cómo conseguir ese segundo trozo de varita mágica. ¡Estaban ansiosos por conocer el segundo paso de



la ley de la atracción!

Tras la merienda, el abuelo les invitó a acompañarle de nuevo a su habitación. Mostrando su habitual impaciencia, Carly no tardó en preguntar:

—Abuelo, ¿en qué consiste el segundo paso de la ley de la atracción?

—Se puede definir con una sola palabra: sincronicidad.

—¿Qué es eso? —replicó Carly, con cara de no haber entendido nada.

—Es un fenómeno maravilloso. Si sabes que existe y sabes aprovecharlo, te puede ayudar a hacer realidad todo lo que te propongas.

—Pero, abuelo... ¡Que nombre más feo le han puesto!

Aquello le hizo mucha gracia al abuelo, que soltó una carcajada y dio la razón a Carly. Les explicó a los niños que podían llamar a la sincronicidad sencillamente “oportunidad”. Se trata de esas oportunidades que aparecen ante nosotros cada día. Parecen casualidades, pero no lo son. Y la razón es muy sencilla: las casualidades no existen.

Cuando varias cosas que no están relacionadas entre sí de forma natural (es decir, ninguna de ellas es la causante de ninguna otra) se unen por un significado, se produce una sincronicidad. Y ese significado lo creáis vosotros con vuestra mente. Esto resultó muy difícil de entender para los niños, y no había más que ver sus caras para darse cuenta.

—Para que lo entendáis mejor, voy a explicároslo con un ejemplo —prosiguió el abuelo—. Imaginad que pensáis en vuestra amiga Mely, y al cabo de un rato suena el timbre de la puerta. Abrís y es ella

que viene a visitaros para jugar. ¿Es acaso casualidad? ¡No! ¡Es sincronicidad! Se trata de dos sucesos que no están vinculados entre sí de forma natural. Ninguno ha causado al otro.

—Pero —interrumpió Carly—, en ese ejemplo hemos pensado en Mely, y la puerta ha sonado. Entonces pensar en Mely ha hecho que la puerta suene, ¿no?

—Realmente, no. Pensar en alguien no hace que suene la puerta. Por ejemplo, ahora estoy pensando en mi amigo Roberto, y la puerta no suena... Las puertas no suenan porque pensemos en alguien. ¡Suenan porque alguien llama a la puerta! Por ello, pensar en Mely, que suene la puerta y que sea ella quien llama, son tres cosas que no están relacionadas entre sí. Pensar en Mely no hace que suene la puerta. Que suene la puerta no quiere decir que sea Mely quien llame. Que suene la puerta no quiere decir que tengáis que pensar en Mely... Como podéis comprobar, son hechos distintos y no tienen conexión. Sin embargo,

vuestro pensamiento consigue que se relacionen entre sí a través de un significado. Habéis pensado en Mely, ¡y eso consigue unir a las tres cosas! ¡Eso es una sincronicidad!

Los niños consiguieron entenderlo, y no pudieron evitar sonreír e iluminar su rostro con una expresión propia del que descubre algo asombroso por primera vez. Todavía necesitaban experimentar una sincronicidad para comprenderlo bien, pero al menos ya habían entendido de qué se trataba.

—Y, ¿qué debemos hacer con las sincronicidades?

—consultó Adry.

—Debéis estar muy alerta. Las sincronicidades ocurren constantemente, pero no nos damos cuenta la mayor parte de las veces, porque no estamos atentos. Debéis prestar mucha atención. No olvidéis que las oportunidades van a llegar. Y lo sé porque habéis realizado correctamente el

primer paso de la ley de la atracción.

El abuelo les explicó que, cuando se activa dicha ley, las sincronicidades aparecen antes o después. Pueden tardar más o menos, pero llegarán. Era necesario estar esperándolas. Si estuvieran pensando en otras cosas, las sincronicidades aparecerían y se irían sin que se dieran cuenta de ellas.

—Y, cuando nos demos cuenta de una sincronicidad, ¿qué tenemos que hacer? —preguntó Carly.

—Lo primero, debéis entender lo que os quieren decir. ¿Cuál es su mensaje? Las sincronicidades os darán pistas sobre qué es lo siguiente que podéis hacer para acercaros más a vuestro deseo. Pero lo harán en su propio lenguaje (que no siempre tiene palabras)... ¡Tendréis que adivinar ese mensaje, y solo vosotros lo podréis lograr! Adivinad que os dice cada sincronicidad y qué os invita a hacer a continuación. Y, cuando lo sepáis, ¡hacedlo lo antes

posible!

Los niños entendieron el mensaje de su abuelo. Ahora sabían que el segundo paso de la ley de la atracción consistía en permanecer muy atentos ante las sincronicidades (oportunidades) que aparecerían en cualquier momento. Y, tan pronto se dieran cuenta de alguna, tenían que entender su significado, así como el paso que les invitara a dar. Y tendrían que dar ese paso cuanto antes.









## 7. Atención, atención, atención

Los niños seguían en la habitación del abuelo Juan, aprendiendo sobre el segundo paso de la ley de la atracción. El tema de la sincronicidad les parecía apasionante. El abuelo preguntó:

—¿Sabéis por qué la ley de la atracción se llama así? Me refiero a por qué lleva la palabra “atracción” en su nombre...

—¡No! —respondieron los niños al unísono.

—Se llama así porque se trata de atraer. ¿Sabéis qué es lo que atraemos con la ley de la atracción?

—Sí —respondió Carly—. Atraemos nuestros deseos.

—Es muy razonable que pienses así, Carly. De hecho, es lo que piensa la mayoría de las personas cuando se les habla de la ley de la atracción. Incluso lo creen así algunas de las personas que la conocen y la utilizan. Piensan que se trata de

visualizar lo que deseas, y esperar a que llegue. Pero no es cierto...

El abuelo les explicó que con la ley de la atracción no atraemos nuestros deseos hechos realidad. Atraemos sincronicidades hacia nuestra vida, que nos van mostrando un camino a seguir. Si recorremos ese camino, podremos llegar a alcanzar nuestro deseo. Si no lo hacemos, nos quedaremos donde estamos, y no conseguiremos nada.

—Y, ¿es seguro que veremos sincronicidades? — preguntó Adry.

—¡Por supuesto! Ayer activasteis la ley de la atracción utilizando vuestra mente. Vosotros estáis conectados a todo en el universo, así que vuestros pensamientos producen un efecto. Los pensamientos producen efectos y dejan huella en vuestras mentes y en el universo. Desde el momento en que visualizasteis con intensidad

vuestro deseo hecho realidad, todo en el universo empezó a moverse para que las sincronicidades aparecieran y os mostraran un camino a seguir. Pero no olvidéis estar atentos.

Los niños se mantuvieron en silencio durante unos minutos, reflexionando sobre lo que acababa de decir su abuelo. Carly rompió esa pausa, preguntando:

—Abuelo, ¿qué ocurre si no estamos atentos?

—Imagina que quieres ir a otra ciudad a comprar un delicioso helado de chocolate. Para ir allí, tienes que tomar la autopista, y tras veinte minutos al volante, tienes que tomar la salida número quince, que te llevará hasta tu heladería favorita. Si estáis atentos mientras conducís, veréis la salida quince a tiempo de tomarla, y terminaréis disfrutando de un delicioso helado. Sin embargo, si mientras conducís vais pensando en la fiesta de cumpleaños de un amigo, o en el juego tan

divertido al que jugaréis en el recreo al día siguiente, ¿qué ocurriría? Probablemente, os pasaríais de largo y no veríais la salida número quince. Terminaríais perdidos, llegaríais tarde a casa, y lo peor de todo: sin disfrutar del helado que tanto deseabais.

—¿Y qué podemos hacer para estar muy atentos, abuelo?

—Llevad con vosotros estos papeles...

El abuelo entregó a cada niño un pequeño papel, donde había escrito:

## ATENCIÓN, ATENCIÓN, ATENCIÓN

Les pidió que lo llevaran siempre en el bolsillo, y lo miraran muchas veces cada día. Eso les recordaría lo importante que resulta permanecer atentos ante las sincronicidades.

—¡La sincronicidad es maravillosa! —dijo Carly entusiasmada.

—Tienes razón, Carly. Solo hay dos cosas que lamento al respecto...

—¿De qué se trata, abuelo?

—Es una pena que exista mucha gente que no sabe que existe la sincronicidad, a pesar de que es un fenómeno que pasa ante sus ojos varias veces cada día. Y también es una lástima que muchas de las personas que se dan cuenta no hagan nada al respecto... Esas personas suelen utilizar la “palabra prohibida”.

—¿Qué palabra? —replicó Carly.

—Para utilizar la ley de la atracción correctamente, hay una palabra que debéis borrar de vuestro vocabulario. Es la palabra “casualidad”. La casualidad no existe. En el universo todo está causado por algo. Todo es causal, y no es casual. De hecho, es imposible definir a la casualidad de forma clara. Se utiliza como una excusa cuando te encuentras con algo

que no sabes explicar. Y esto ocurre muy a menudo con la sincronicidad... Hay personas que se encuentran con sincronicidades muy importantes y poderosas, pero como no entienden su significado y no tienen ganas de esforzarse en pensar, dicen: “es casualidad”. Así ya tienen la excusa perfecta para olvidarse de la sincronicidad, y continuar haciendo cosas más divertidas, como ver una película... ¡No caigáis en este error!

Los niños entendieron muy bien el mensaje. Cuando se encontraran con una sincronicidad, tenían que evitar la palabra *casualidad* a toda costa. Debían esforzarse en encontrar el significado de la sincronicidad, y tener muy claro que no ha ocurrido por *casualidad*.

Había sido una tarde muy intensa. Carly y Adry habían aprendido muchas cosas nuevas, que nunca les habían enseñado en el colegio. El abuelo les explicó la nueva misión que tenían que cumplir

para ganar el segundo trozo de varita mágica. Debían permanecer atentos ante las sincronicidades, y cuando se dieran cuenta de alguna, entender su mensaje y hacer algo al respecto: actuar. Al día siguiente, después de la merienda, tendrían que contarle sus experiencias, y si lo habían hecho bien, ganarían el segundo trozo de varita.





*Atención*

*Atención*

*Atención*





## 8. Aparecen las sincronicidades.

La mañana siguiente transcurrió de forma normal. Carly estaba en clase, prestando atención a la señorita Dulcy, su profesora. Antes de entrar en clase, no pudo evitar sacar del bolsillo el papelito que le había dado el abuelo Juan, donde leyó de nuevo:

ATENCIÓN, ATENCIÓN, ATENCIÓN

Siguió muy alerta ante las posibles sincronicidades que podrían aparecer ante ella aunque, por el momento, aún no había sucedido nada. Al entrar a clase, la señorita Dulcy les dijo a los niños que hoy hablarían sobre la naturaleza. En particular, ese día la lección se concentró en el mundo de los insectos.

Los alumnos le escuchaban con gran interés y

concentración. Y Carly lo hacía todavía más, puesto que en su caso sentía auténtica pasión por el mundo de los insectos. Al terminar sus explicaciones, la señorita Dulcy dio una noticia importante:

—Niños, mañana por la mañana saldremos de excursión por el bosque, y vamos a estudiar los diferentes insectos que encontremos allí.

—¡Bien! —dijeron varios de los niños al mismo tiempo.

—Para que todo salga perfectamente y en orden, voy a necesitar a alguien que me ayude como líder de la excursión.

Ningún niño levantó la mano. Ellos lo veían como una responsabilidad demasiado grande, y les parecía más un castigo que un premio. Pero Carly sintió algo en su interior que le invitaba a levantar la mano.

Todo sucedió en menos de un segundo...Por su mente pasaron todo tipo de imágenes y pensamientos. Por un lado, se dio cuenta de que adoraba los insectos, y esa excursión estaba precisamente relacionada con ello. Además, recordó la imagen del abuelo Juan diciéndole que estuviera atenta a las sincronicidades, que son como señales. También pasaron por su cabeza las palabras “Atención, atención, atención”.

De repente se dio cuenta de que todo encajaba. ¡Todo lo que estaba sucediendo era una sincronicidad! Ella se había visualizado un día antes rodeada de insectos que eran felices con ella. Y, por si fuera poco, lo había dibujado todo en un papel, e incluso lo había expresado en una frase. Y, ahora, la señorita Dulcy acababa de hablar sobre insectos. Se dio cuenta de que eran sucesos distintos y separados, pero que gracias a su pensamiento (su pasión por los insectos), todos

ellos encajaban. ¡Era una señal del universo, como había dicho su abuelo Juan!

Desde que habló con su abuelo el día anterior, creía tener un poco más claro lo que era una sincronicidad pero, en ese momento, lo tuvo por fin claro del todo. Recordó instantáneamente las palabras del abuelo Juan, invitándola a entrar en acción tan pronto se diera cuenta de una sincronicidad. Todo ello pasó por su cabeza en menos de un segundo. Había llegado a una clara conclusión: ¡Tenía que levantar la mano! Y lo más asombroso de todo fue que se dio cuenta cuando ya la había levantado.

La profesora se mostró contenta y Carly se sintió muy satisfecha. Sabía que había hecho lo correcto. No necesitaba pensarlo. Lo sabía. Algo dentro de ella se lo decía.

Al llegar la hora del recreo, Adry salió al recreo junto a sus amigos Kike y Manu, dispuesto a jugar a las carreras como de costumbre. En esa ocasión les tocaba competir a Kike y Adry. Manu tomó dos papeles arrugados del suelo, y puso uno delante del pie de cada corredor, perfectamente alineados. Representaban la línea de salida. Acto seguido, Manu dio la salida: “Preparados... Listos... ¡Ya!”. Kike y Adry salieron a toda velocidad y, como de costumbre, Kike fue el primero en llegar a la meta. En esta ocasión, Adry no se sintió desanimado por haber perdido, pues había sido más veloz que de costumbre.

Cuando recuperó el aliento tras la carrera, se sintió atrapado por una sensación extraña. Era algo que venía de su interior. No sabía por qué, pero sentía que aquel papel que había pisado como línea de salida tenía importancia. Necesitaba observarlo. Por ello, esperó hasta que finalizó la siguiente carrera (entre Kike y Manu) para



acercarse al papel y tomarlo en sus manos. Lo extendió y lo leyó. Se trataba de una invitación a la fiesta de inauguración de un nuevo club de atletismo infantil en la ciudad.



Fue entonces cuando Adry se dio cuenta de que aquello se trataba de una sincronicidad. ¡Todo encajaba tal y como el abuelo Juan les había explicado! Él se había visualizado ganando las carreras del recreo, e incluso se había dibujado haciéndolo, y se sintió muy bien. Por otro lado, estaba la carrera del recreo que terminaba de realizar. Y, además, ese papel. Las tres cosas eran distintas y separadas. Ese papel no estaba ahí porque hicieran una carrera. Tampoco hicieron la carrera porque el papel estuviera allí. ¡Una cosa no tenía nada que ver con la otra! Pero el pensamiento que había tenido el día anterior — cuando se visualizó ganando una carrera— lograba que esos dos hechos tuvieran una conexión por su significado: las carreras.

Adry recordó las indicaciones del abuelo Juan, y se preguntó cómo podría entrar en acción. ¿Qué podría hacer como respuesta a esa sincronicidad?

De forma casi instantánea, acudió a su mente una idea. No tuvo que hacer ningún esfuerzo para crearla. Es como si ya estuviera dentro de él, esperando a que la encontrara entre sus pensamientos. La idea consistía en apuntarse a ese club de atletismo infantil. Aún no tenía claro como lograría ayudarlo a ganar las carreras pero sabía que, al menos, ese era un primer paso a dar.



## 9. El tercer nivel

Carly y Adry devoraron su merienda a toda velocidad. Estaban ansiosos por hablar con el abuelo Juan, y contarle lo sucedido durante el día. Y, por supuesto, estaban todavía más ansiosos por ganar ese segundo trozo de varita mágica y conocer en qué consistía el tercer paso de la ley de la atracción.

Lily y Mateo se sentían muy contentos al ver a sus hijos tan entusiasmados en los últimos días. Se les veía más felices que nunca, y ponían una gran alegría en todo lo que hacían. No tenían duda de que aquello tenía algo que ver con el abuelo Juan, su sabiduría y sus buenos consejos. Después de tomar la merienda, dieron permiso a sus hijos para ir a ver al abuelo Juan a su habitación. Él les estaba esperando allí, sentado en su mecedora, mientras disfrutaba leyendo un libro.

Los niños le contaron todo lo sucedido en el recreo. El abuelo se alegró mucho, y exclamó:

—¡Bravo! Vuestras sincronicidades son muy curiosas, y han aparecido muy pronto. Yo pensaba que tardarían un poco más. Es muy buena señal: significa que realizasteis muy bien el primer paso, y prestasteis verdadera atención.

—Abuelo —añadió Carly— hemos dado los dos un primer paso en cuanto nos dimos cuenta de que había sucedido una sincronicidad, como nos dijiste. Pero, ¿ahora qué hacemos? ¡No sé cuál es el siguiente paso a dar!

—Yo tampoco, Carly. Ahí reside una parte muy importante de la ley de la atracción. Como recordarás, ya os conté que debíais concentraros en el *qué*, pero no en el *cómo*. Lo habéis hecho muy bien. Habéis comenzado por saber *qué* queríais. Ahora, esta sincronicidad os ha dado una idea para dar un primer paso. Ya conoces un primer trocito del camino a seguir.

—Pero, abuelo, ¿cómo podemos conocer el resto del camino?

—¿Te das cuenta? ¡Tu mente te hace caer continuamente en la trampa del *cómo*! Recuerda algo muy importante: todas las personas que han logrado grandes hazañas a través de las páginas de la historia comenzaron sin tener una idea clara de *cómo* lo iban a lograr. Pero al menos tuvieron claro *qué* es lo que deseaban lograr, descubrieron un primer paso a dar, y tuvieron el coraje de dar ese paso. Ahora bien, tu pregunta es muy buena, y tiene mucho que ver con el tercer paso de la ley de la atracción. Voy a explicároslo mejor.

El abuelo les contó que el tercer paso de la ley de la atracción consiste en ir viendo cada vez más claro ese camino... Ese *cómo*... Insistió una vez más en que pocas veces (si no ninguna) iban a ver el camino completo con claridad desde el principio, pero eso no tenía que frenarles. Les dio un consejo muy valioso y les pidió que nunca lo



olvidaran:

EL CAMINO EXACTO QUE CONDUCE HACIA VUESTROS DESEOS NO SE CREA ANTES DE EMPEZAR A ANDAR. SE CREA CAMINANDO.

El tercer paso de la ley de la atracción consistía sencillamente en eso: en moverse. Les recordó que siguieran aplicando el segundo paso de la ley de la atracción: deberían permanecer muy atentos ante las sincronicidades, y entrar en acción tan pronto las vieran llegar. Pero eso no era suficiente. Mientras las sincronicidades llegaran, no deberían estar quietos esperando. Deberían entrar en acción tanto como pudieran.

Adry preguntó cómo entrar en acción. A él no se le ocurría nada... El abuelo sacó dos pequeños papeles de su bolsillo, y los entregó a los niños. Les pidió que los leyeran muchas veces durante el

día. Si así lo hacían, les resultaría más fácil descubrir cosas que podrían hacer para entrar en acción. Los niños tomaron los papeles y leyeron su contenido:

**¿QUÉ PEQUEÑO PASITO PODRÍAS DAR AHORA PARA ACERCARTE MÁS A TU DESEO? ¿LO TIENES? ¡HAZLO YA!**

El abuelo les explicó que a eso se le llamaba ser proactivo. Las personas que triunfan son proactivas. Son personas que no esperan a que un día su deseo se haga realidad. En su lugar, entran en acción todo el tiempo para conseguir que sus deseos se hagan realidad. Les explicó que, si una buena idea se dejaba para más tarde, era muy fácil que no se convirtiera en nada. Sin embargo, si actuaban tan pronto tuvieran una buena idea, era mucho más probable que esa idea terminara dando resultados.



¿Que pequeño  
pasito podrias  
dar ahora para  
verte más a tu deseo?  
¡Lo tienes? hazlo ya!

—Pero, ¿y si cuando tengo una idea no puedo hacer nada? —preguntó Carly—. Por ejemplo, si estoy en clase es mi obligación escuchar a la señorita Dulcy y no puedo hacer otra cosa.

—Tienes toda la razón, Carly. Esas situaciones ocurren muchas veces. En esos casos, abre tu agenda, y escribe rápidamente tu idea, y tan pronto vuelvas a tener la posibilidad de actuar (por ejemplo, al salir de clase), ¡ponte en marcha!

—Y, abuelo, ¿si no es posible ver el camino completo hacia nuestros deseos, cómo es posible llegar hasta ellos?

—Es otra pregunta muy buena. En realidad, ¡claro que es posible! De hecho, todas las personas llegamos a menudo a nuestros destinos sin conocer el camino completo.

Para que lo comprendieran mejor, el abuelo les pidió que imaginaran que iban conduciendo en un

coche por la autopista, durante la noche. Las luces del coche solo dejan ver unos metros delante del coche, y el resto es oscuridad. Solo se puede ver un pequeño trozo del camino, pero sin embargo, es posible llegar al destino. ¿Por qué? Sencillamente porque el conductor del coche está atento a las señales de la autopista, y toma las salidas y desvíos correctos cuando aparecen las señales adecuadas. Y, al final, el coche llega a su destino, sin haber podido ver más que un pequeño trocito del camino en cada instante.

Con la ley de la atracción ocurre lo mismo. Solo se puede ver un pequeño fragmento del camino, y el resto es desconocido (lo que equivale a la oscuridad en la carretera). Pero basta con avanzar y estar atentos a las señales, para poder llegar al destino. En la ley de la atracción, las señales son las sincronicidades. Y lo bueno es que cada paso nuevo que damos, vemos mucho más claro y hasta mucho más lejos el camino que tenemos por

delante (algo que no ocurre en un coche).

—Vamos a intentar poner en práctica lo que dicen los papeles que os he entregado —dijo el abuelo Juan—. Carly, ¿qué podrías hacer para lograr tener muchos insectos y que sean felices contigo?

—¡Ya lo tengo! —respondió Carly tras pensarlo durante unos segundos—. Voy a construir un insectario en miniatura, en una cajita, con insectos vivos. Los cuidaré y los estudiaré, y serán muy felices y buenos amigos míos.

—¡Gran idea! Y tú, Adry, ¿qué podrías hacer para lograr ganar las carreras en el recreo?

—¡Ya sé! —respondió Adry prácticamente de inmediato—. Lo primero que me gustaría hacer se me ocurrió cuando me di cuenta de la sincronicidad de ayer. Se trata de convencer a mi mamá y mi papá para que me apunten al nuevo club de atletismo infantil de la ciudad. Así podré entrenarme a fondo y ser cada día más rápido corriendo. Mis amiguitos Kike y Manu no entrenan, así que seguro que llegaré a ser más

rápido que ellos. ¿Qué te parece abuelo?

—¡Me parece una excelente idea! Ahora, sabéis lo que tenéis que hacer, ¿verdad, chicos?

—¡Sí! —respondieron al mismo tiempo—. ¡Hacerlo ya!

—¡Eso es! Y mañana, después de la merienda, quiero que me contéis todo lo que habéis hecho para entrar en acción y aplicar así el tercer paso de la ley de la atracción. Si lo hacéis bien, os entregaré el tercer trozo de la varita mágica. ¡Adelante, chicos!

Carly se quedó pensativa durante unos segundos, y añadió:

—Abuelo, hay una cosa que me ocurrió ayer que me tiene intrigada. Cuando levanté la mano en clase para indicar que quería ser la líder de la excursión, todo ocurrió muy rápido. Normalmente, si tengo que levantar la mano, lo pienso antes, y

cuando estoy segura, lo hago. Pero ayer fue al revés... Me di cuenta de que había levantado la mano cuando ya lo había hecho... ¿Es eso normal?

—En realidad, es lo más natural del mundo, y es la mejor forma de entrar en acción que existe... Se llama acción inspirada. Cuando entras en acción de ese modo, no lo haces a través de tu inteligencia y tu razonamiento. Lo haces a través de la inteligencia natural del universo, de forma completamente natural. Todo fluye sin esfuerzo. Cuando domines la ley de la atracción, te darás cuenta de que gran parte del tiempo actúas de forma inspirada, y así lograrás alcanzar tus metas por el camino más rápido y sin apenas esfuerzo.

—Abuelo —interrumpió Adry— a mí me ha ocurrido algo similar. Me sentí atraído por leer ese papelito que había en el suelo. No tuve que pensarlo, simplemente, lo hice.

—¡Es un excelente ejemplo de acción inspirada!  
¡Bravo!



Carly y Adry se pusieron esa misma tarde a trabajar para llevar a la práctica sus ideas. Adry habló con Lily y Mateo, y les pidió que le apuntaran al club de atletismo. A ambos les pareció una gran idea, puesto que consideraban que el deporte y la actividad física eran muy importantes. Esa misma tarde llamaron al club de atletismo para apuntar a Adry. Les pidieron que le llevaran al día siguiente tras el colegio, ya que tendría lugar el primer entrenamiento.

Por su parte, Carly se puso a trabajar en su insectario. En primer lugar, pidió a Lily si podría regalarle alguna caja de zapatos que no utilizara. Y, en efecto, tenía varias guardadas para lo que pudiera surgir. Carly tuvo la oportunidad de elegir una caja entre cinco posibilidades. Escogió una muy bonita, de color rosa y con flores dibujadas sobre ella. A continuación salió al jardín a buscar insectos. Encontró una hormiga, una mariposa y un ciempiés. Además, también encontró un chinche,

de esos a los que se suele denominar “zapateros”.



## 10. Un día de acción

Los alumnos salieron de excursión por el bosque con la señorita Dulcy. Carly le dijo a su profesora que había empezado a crear un insectario en miniatura, y se lo enseñó. No podía separarse de esa caja de zapatos y, de hecho, se la llevó a la excursión. La profesora se mostró muy orgullosa y felicitó a Carly por la excelente iniciativa.

Los niños avanzaban en fila a través del bosque, y Carly tenía la responsabilidad de ir la primera, junto con la profesora, y avisarles si encontraban algún insecto o animal de interés. Por supuesto, Carly tenía toda su atención puesta en los insectos. Sacó del bolsillo el pequeño papel que el abuelo Juan le había dado el día anterior. Leyó atentamente lo que allí decía, y se preguntó qué podría hacer para avanzar un poco más hacia su deseo. Una excelente idea acudió a su mente: encontrar nuevos insectos para incluir en su

insectario.

Siguió caminando hasta que, en un momento dado, su vista se detuvo entre unas hierbas, donde pudo ver a un maravilloso ejemplar de escarabajo, de los que tenía muchas ganas de tener, y nunca había visto en su jardín. Lo tomó en sus manos, y lo enseñó a la señorita Dulcy. La profesora dijo:

—Mirad todos: aquí tenéis un coleóptero, más conocido vulgarmente como escarabajo.

—Tienen la piel muy dura, ¿verdad? —preguntó Carly a su profesora.

—En efecto. Sus alas delanteras son dos escudos muy duros, que se llaman “élitros”. Son una especie de armadura que les protege.

Carly puso a su nuevo amigo el escarabajo en su insectario. La excursión siguió su curso, y tuvieron la oportunidad de ver una ardilla, un conejo y

otros tantos animales del bosque. Los niños disfrutaban mucho.

Al cabo de un rato, Carly detectó a un nuevo insecto. Lo tomó en su mano y lo enseñó a su profesora. Ella le explicó que se trataba de una oniscidea, vulgarmente conocida como cochinilla de la humedad. Recibía también otros nombres vulgares como por ejemplo “porquet de San Antoni”. Carly lo introdujo en su insectario.



Al terminar la tarde, Lily llevó a Carly a casa, mientras que Mateo acompañó a Adry a su primera sesión de entrenamiento en el club de atletismo. El entrenador les dio la bienvenida y pidió a los alumnos que se presentaran. Hicieron una sesión de calentamiento y unas primeras carreras amistosas. Adry llevaba en el bolsillo de su pantalón de deporte la nota que le había entregado su abuelo Juan. La leyó y se preguntó qué podría hacer para acercarse un poco más a su deseo. En principio, no se le ocurrió nada.

El entrenador les dijo que entrenarían un día a la semana. Sin embargo, comentó que necesitaba al menos un voluntario para representar al club en una competición que se celebraba en la región seis meses después. Quienes aceptaran, tendrían que entrenar dos veces por semana en lugar de una, para estar suficientemente preparados, ya que en la competición regional estarían los niños mejor



entrenados de toda la región.

En ese momento, una gran idea acudió a la mente de Adry. Cuando se quiso dar cuenta, ya tenía su mano levantada. ¡Se presentó como voluntario! El entrenador se lo agradeció, y Lily se mostró muy orgullosa por su hijo. A los pocos segundos, Adry pensó en lo que había hecho, y se dio cuenta de que había actuado de forma inspirada, tal y como su abuelo le había explicado el día anterior. Además, se dio cuenta de que la decisión que había tomado le ayudaría mucho a avanzar hacia su deseo. Iba a recibir un entrenamiento bastante intenso, que sin duda le ayudaría a ser algún día el más rápido de su colegio.

Cuando Carly y Adry llegaron a casa, el abuelo Juan les invitó a ir a su habitación. Los niños le contaron todo lo sucedido.

—¡Es fantástico! —dijo el abuelo. ¡Lo habéis hecho muy bien! Habéis seguido actuando, e incluso lo habéis hecho de forma inspirada. Sin duda habéis ganado el tercer trozo de la varita mágica. Ya estáis muy cerca de tener la varita completa.

Los niños estaban muy ilusionados. Todo estaba progresando mejor de lo que esperaban.



## 11. El último paso

Los niños estaban impacientes por conocer cuál sería el cuarto paso de la ley de la atracción. Sería ya el último gran reto a superar para conseguir esa varita mágica, y tener todo lo necesario para hacer realidad los deseos que habían formulado días atrás.

El abuelo les explicó que el cuarto paso consistía en combatir las resistencias interiores. Los niños no entendieron muy bien a qué se refería con eso de “resistencias”.

—¿Sabéis lo que es una resistencia? —preguntó el abuelo Juan.

—No tengo ni idea —respondió Carly.

—Una resistencia es un obstáculo. Es decir, algo que te impide avanzar hacia donde quieres llegar, o que al menos te hace ir más lento. Las

resistencias dan problemas.

—¡Ah! Entonces es como esa piedra con la que me tropecé hace unas semanas —añadió Adry.

—¡Así es! Tropezaste con esa piedra sin querer y caíste al suelo. Hubo que llevarte a casa para curarte a herida, y llegaste tarde al colegio. Como puedes ver, un obstáculo logra que tardemos más en llegar a donde queremos llegar. Bueno... En la vida hay casos peores...

—¿Como cuáles, abuelo?

—Hay personas que no tienen ningún objetivo. No saben a dónde quieren llegar. Y aun así, tropiezan una y otra vez. Llegan tarde a ninguna parte... Pero eso lo podéis evitar, y para que no os ocurra, la regla de oro es: tened siempre objetivos. ¡Tened siempre un lugar al que deseáis llegar! Ahora lo tenéis, porque estáis aplicando correctamente la ley de la atracción, y sabéis muy bien lo que queréis conseguir.

—Pero, abuelo —interrumpió Carly— entonces, ¿el cuarto paso consiste en tener cuidado de no

tropezar con las piedras al ir al colegio?

—¡No, querida! —respondió el abuelo con una carcajada—. Te he hablado de resistencias *interiores*. Las piedras son *exteriores*, porque están fuera. Pero dentro de los seres humanos hay infinidad de piedras con las que tropezamos cada día...

El abuelo les explicó varios ejemplos. Uno muy claro era el miedo. Es una sensación muy desagradable que sentimos ante cosas que creemos que son peligrosas. A veces esas cosas representan un verdadero peligro, y en esos casos, el miedo nos ayuda a actuar rápidamente para salvarnos. Ese es el miedo natural, y no tiene nada de malo. Nosotros también lo experimentamos, y en eso nos parecemos a los animales.

Pero los humanos hacemos algo que ningún otro animal hace... Muchas veces tenemos miedo por cosas que no son realmente peligrosas ni nos

amenazan... El miedo nos bloquea, y nos impide actuar. Si no actuamos, entonces no hacemos bien el tercer paso de la ley de la atracción. Y cuando no aplicamos bien la ley de la atracción, no conseguimos hacer realidad nuestros deseos... Como podéis ver, es un obstáculo importante. ¡Una auténtica resistencia interior!

El abuelo les explicó que existían otros tipos de resistencias interiores y, entre ellas, unas de las más peligrosas eran las creencias limitantes. Ocurren cuando una persona cree que no es capaz de lograr algo, y lo piensa y dice muchas veces. Piensa y habla con frecuencia sobre un obstáculo que le impide lograr algo... Y, al final, sumente se lo cree, y el obstáculo termina convirtiéndose en realidad, en su interior.

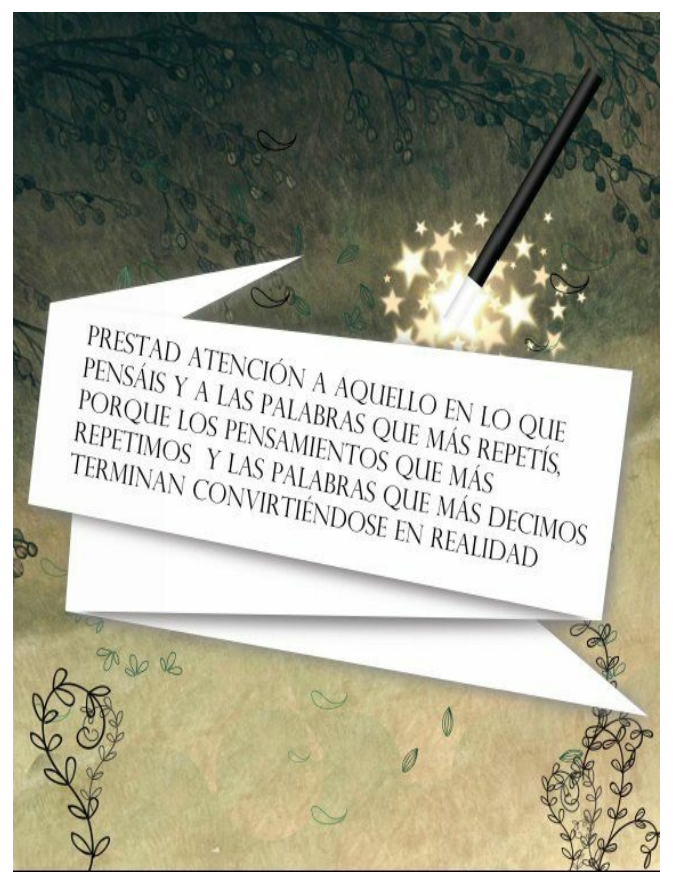
—Por ejemplo —prosiguió— imaginad que os enseñó cómo hacer un barquito de papel, y repetís constantemente: “pero, yo no sé hacer nada con el

papel”. Si lo hacéis constantemente, al final ese mensaje llegará a lo más profundo de vuestras mentes. Y vuestras mentes os ayudarán a hacerlo realidad: no seréis capaces de hacer nada con el papel. Las creencias limitantes son unas resistencias interiores muy poderosas y hay que conseguir tratarlas para evitar sus efectos. Por ello, os quiero dar un consejo muy importante. Es tan importante, que lo he escrito en dos papelitos que quiero que llevéis con vosotros.

El abuelo les entregó un papel a cada uno, en el que ponía:

**PRESTAD ATENCIÓN A AQUELLO EN LO QUE  
PENSÁIS Y A LAS PALABRAS QUE MÁS  
REPETÍS, PORQUE LOS PENSAMIENTOS QUE  
MÁS REPETIMOS Y LAS PALABRAS QUE  
MÁS DECIMOS TERMINAN  
CONVIRTIÉNDOSE EN REALIDAD**





PRESTAD ATENCIÓN A AQUELLO EN LO QUE  
PENSÁIS Y A LAS PALABRAS QUE MÁS REPETÍS,  
PORQUE LOS PENSAMIENTOS QUE MÁS  
REPETIMOS Y LAS PALABRAS QUE MÁS DECIMOS  
TERMINAN CONVIRTIÉNDOSE EN REALIDAD

—Nos convertimos en aquello en lo que más pensamos y de lo que más hablamos— continuó el abuelo— y por ello hay que prestar mucha atención a lo que más se repite en vuestra mente y en vuestra boca. Allí se esconden las razones por las que tenéis mucho éxito con algunas cosas. Pero también se esconden las razones por las que os cuesta mucho (o incluso os resulta imposible) lograr algunas cosas que deseáis. Allí se esconden las más grandes resistencias interiores.

El abuelo les explicó que, si se fijaban en sus palabras y en sus pensamientos, encontrarían cuáles son esos obstáculos, y podrían poner una solución al problema.

—Y en eso consiste el reto que os encargo hoy. Para ganar el cuarto trozo de varita mágica, debéis detectar vuestras resistencias interiores y

solucionarlas.

—Y, ¿cómo lo hacemos, abuelo? —preguntó Adry intrigado.

El abuelo les pidió que estuvieran muy atentos a sus palabras y pensamientos, y en cuanto se dieran cuenta de una posible resistencia (aunque no estuvieran del todo seguros de que fuera tal cosa), la anotaran enseguida en un papel, y se la entregaran al día siguiente.

—Pero, eso solo es la mitad de lo que has dicho, ¿no? —replicó Adry—. Has dicho que teníamos que detectar nuestras resistencias interiores, pero también solucionarlas, ¿no era eso?

—¡Muy bien observado, Adry! Por el momento os pido que os concentréis en detectar vuestras resistencias interiores. Mañana, después de la merienda, veremos cuáles habéis detectado, y os explicaré una forma de solucionar el problema.

El abuelo añadió una nueva lección: detrás de todas resistencias interiores se esconde ese monstruo del que les habló unos días atrás... Se trataba del ego, el causante de la mayor parte del sufrimiento en los seres humanos y, sin duda, responsable de todo el sufrimiento innecesario que los seres humanos de todo el mundo vivían cada día.



## 12. Más lecciones sobre las resistencias

Seguían en la habitación del abuelo Juan hablando sobre el cuarto reto a cumplir: detectar resistencias interiores. El abuelo preguntó:

—Chicos, ¿recordáis cuando os dije que no debíais mostrar vuestro dibujo y contar vuestro deseo a otras personas?

—Sí, abuelo —respondió Carly.

—Ahora puedo explicaros por qué lo hice. No es bueno que contéis a los demás niños lo que deseáis lograr, porque podrían conseguir que crearais nuevas resistencias interiores.

El abuelo puso un ejemplo. Le pidió a Carly que imaginara que contaba su deseo a sus amigas, y que se burlaban de ella. Es posible que se sintiera humillada, y perdiera las ganas de perseguir ese deseo. ¡Sería una verdadera pena! ¡Cuánta gente

cada día dejaba de perseguir grandes deseos por culpa de lo que decían los demás! ¡Y cuántas grandes creaciones se perdía el mundo cada día por ello! Por otro lado, si fuera fuerte y tuviera coraje, podría seguir adelante y al final lo conseguiría, pero le costaría mucho más esfuerzo (al tener que soportar a niños que se rieran de ella). ¡Y eso no es muy agradable!

—Por ello —prosiguió el abuelo— una buena forma de evitar resistencias consiste en no contar tu deseo a nadie. Cuando lo hayas logrado, entonces podrás compartirlo. De hecho, lo más probable es que no te haga ninguna falta contarlo.

Adry se quedó pensativo durante unos instantes y preguntó:

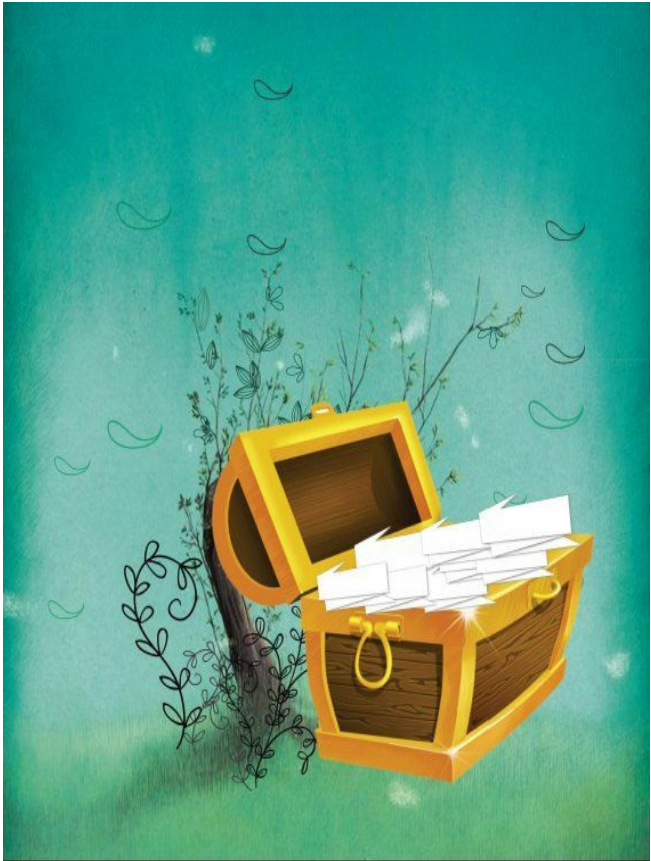
—Abuelo, cuando cometemos errores, ¿estamos teniendo resistencias?

—¡Qué gran pregunta, Adry! En realidad, cometer errores es algo humano. Todas las personas que alcanzan grandes éxitos, llegan a ello a través de infinidad de tropiezos. Se encuentran con infinidad de obstáculos que están ahí fuera, pero también con obstáculos que están dentro de ellos (estas son las resistencias de las que os he hablado).

—Pero, abuelo, ¿cometer errores no significa ser estúpido? Los niños de mi clase se ríen y se burlan de otros niños cuando la profesora les pregunta algo en clase y se equivocan con la respuesta.

—Niños, quiero que recordéis siempre algo muy importante: quien comete errores no es estúpido... Quien comete errores es humano.





El abuelo les explicó que no hay nada de malo en equivocarse. Eso es lo que suele pasar cuando avanzas hacia tu deseo, y vas tropezando con obstáculos que están fuera de ti.

—No os sintáis mal nunca por ello —prosiguió el abuelo—. Esos tropiezos ayudan a aprender. Equivocarse en clase forma parte del proceso de aprender. Incluso los más grandes científicos como Albert Einstein se equivocaron varias veces en su vida, tanto siendo niños como adultos. Ahora bien, sí que es malo tropezar siempre con los mismos errores. Si os dais cuenta de que tenéis muchas veces el mismo error, tomadlo siempre como una señal de que hay una resistencia dentro de vosotros. Y ese tipo de obstáculos (los interiores) sí que debéis resolverlos cuanto antes. En eso consiste el cuarto paso de la ley de la atracción.





### 13. Carly y Adry detectan resistencias interiores

El día de colegio transcurría con normalidad. Nada especial había sucedido hasta el momento. Antes de salir al recreo Carly y Adry habían leído juntos los papelitos que su abuelo les había entregado. Carly le dijo a su hermano:

—Recuerda que tenemos que observar nuestras palabras y nuestros pensamientos para detectar cualquier resistencia interior, como nos pidió ayer el abuelo Juan.

Los dos estaban de acuerdo en que no era una tarea sencilla, pues cuando se ponían a pensar en algo, se dejaban llevar, y luego no solían ponerse a repasar lo que habían pensado. Y cuando intentaban recordar sus pensamientos y sus palabras durante unas horas atrás, les costaba horrores recordarlos.

—Tengo una idea —dijo Adry a su hermana—. Podríamos ayudarnos el uno al otro.

—¡Me parece genial! Te propongo un trato: si uno de los dos ve al otro decir alguna palabra o gesto sospechoso debe decírselo rápidamente. Podría tratarse de una resistencia interior. Incluso si nos parece una tontería, es mejor decírnoslo.

—De acuerdo, Carly. Pero hay que hacerlo sin que se den cuenta los demás niños. Recuerda lo que dijo el abuelo: no hay que decir que estamos usando la ley de la atracción.

Durante la hora del recreo, Adry jugaba a las carreras con sus amigos Kike y Manu. Cerca de allí, Carly se encontraba sola, recorriendo el recreo en busca de insectos. En realidad, buscaba un ejemplar muy particular: el conocido como “insecto palo”. Se trataba de un insecto que había visto en una revista y le había cautivado.

Había leído que algunos insectos palo tienen alas, mientras que otros no. Sus cuerpos se parecen mucho a pequeñas ramitas de árbol o de plantas, y eso les permite esconderse entre las ramas sin ser vistos. Deseaba con todas sus fuerzas encontrar uno de esos insectos. Buscaba y buscaba, pero no encontraba nada. Miró con mucho cuidado todas las plantas que encontró, y comprobó si las ramas que veía eran en realidad un insecto palo camuflado. Sin embargo, no encontró nada. Entonces exclamó en voz alta: “¡Qué mala suerte tengo! ¡No valgo para coleccionar insectos!”.

Adry estaba cerca de ella en ese momento. En cuanto la escuchó, le hizo un gesto discreto para que se acercara, y le dijo al oído:

—Carly, eso que has dicho creo que esconde una de las resistencias interiores que dijo el abuelo Juan. Anótalo en tu libreta.

—Gracias, Adry.





Carly continuó buscando insectos cerca de su hermano, quien volvió junto a sus amigos a continuar con sus carreras. Le tocaba competir con Manu. Adry se sentía muy motivado, porque ahora estaba aplicando la ley de la atracción, y además, se había apuntado a un club de atletismo. Todo ello le proporcionaba una seguridad que no había sentido nunca antes. Por una vez, se sintió con posibilidades de ganar. Pero, como de costumbre, perdió la carrera. Fue por muy poca diferencia, pero perdió. Apenas había cruzado la meta cuando exclamó: “¡Es imposible! ¡Nunca conseguiré ganar las carreras!”.

En esa ocasión fue Carly quien hizo un suave gesto a Adry con el dedo, mientras le miraba fijamente. Adry comprendió enseguida que su hermana le quería decir algo en secreto. Carly le dijo al oído:

—Adry, creo que tú también has dicho algo sospechoso cuando te has quejado por perder la carrera. Creo que deberías anotarlo para comentárselo al abuelo. A mí me parece que eso es una resistencia interior, de las que nos habló ayer.

—Tienes razón. Muchas gracias, Carly.

Los dos hermanos anotaron las palabras sospechosas que habían detectado en su diario, para comentárselo más tarde al abuelo Juan.



## 14. Carly y Adry aprenden a invertir resistencias

Tras la merienda, llegó el ansiado momento de encontrarse con el abuelo Juan en su habitación. Los niños habían hecho bien su trabajo, anotando dos posibles resistencias interiores que habían detectado en sus palabras. Además, lo habían hecho juntos.

—¡Os felicito! —dijo el abuelo Juan—. Habéis trabajado bien y, además, en equipo. Cuando varias personas trabajan juntas y aplican la ley de la atracción, el poder no solo se suma... ¡Se multiplica!

Les pidió que le comentaran las resistencias que habían detectado durante ese día en el colegio. Los niños así lo hicieron, mostrando lo que habían anotado en su libreta, y describiendo la situación con todo lujo de detalles.

—Vamos a analizar las palabras que ha dicho Carly esta mañana—prosiguió el abuelo, mirando fijamente a su nieta—. Para empezar, ha dicho: “¡Qué mala suerte tengo!”. ¿Recordáis cuando os hablé sobre la trampa de la casualidad?

—Sí —respondió Carly—. Es algo que no existe, pero que utilizamos cuando nos conviene para echarle la culpa.

—Así es Carly. Y esta mañana tú has caído en una trampa muy parecida, la de la “suerte”. No has conseguido tu objetivo de encontrar un insecto palo, y has perdido la paciencia. Tu mente ha intentado explicar por qué te ha ocurrido eso, y no ha podido encontrar una respuesta. Entonces, ha intentado buscar a alguien o algo a quien culpar. Como culparte a ti misma es algo desagradable y que no tienes ganas de hacer, tu mente ha buscado enseguida a algo llamado “suerte”, y le ha echado la culpa.

—Y, ¿dónde está la trampa de la que hablabas,

abuelo? —preguntó Carly.

—La gente suele hablar de “suerte” cuando en realidad quiere decir “azar”. El azar es lo que ocurre cuando tiras un dado, o cuando juegas a la lotería. Si te toca, dices que tienes suerte. Pero eso no es suerte, es azar. La suerte es en realidad tu destino. Y tu suerte la creas tú. Si utilizas la ley de la atracción, y si lo haces correctamente, además, crearás tu buena suerte.

—¡Ahora lo entiendo! —dijo Carly—. Abuelo... He sido una estúpida al decir eso... ¡Estaba tan enfadada!

—No tienes por qué preocuparte. Es una reacción humana. A mí también me ha pasado alguna que otra vez... Lo importante es que no repitas mucho esas palabras, para que no se conviertan en un hábito.

El abuelo explicó a Carly que, cuando se adquiere el hábito de culpar a la mala suerte, se termina haciendo todo el tiempo, casi sin darnos cuenta.

Cuando se llega a esa situación, una persona pasa casi todo el tiempo quejándose de su suerte, y apenas pasa ningún tiempo avanzando hacia sus objetivos. En consecuencia, sus deseos no se hacen realidad.





El abuelo pasó a analizar la segunda frase que había dicho Carly esa mañana.

—Has dicho: “¡No valgo para coleccionar insectos!”. Ese es un ejemplo muy claro de una creencia limitante, de las que os hablé ayer. Además, la has expresado de un modo totalmente negativo. Si repites mucho esa frase, tu mente terminará creyéndola. Llegará a una parte muy profunda de tu mente que se llama subconsciente.

Luego, el abuelo les explicó que el subconsciente no analiza nada, ni busca explicaciones. Sencillamente hace lo que se le dice repetidamente. Lo toma al pie de la letra. Y el subconsciente es la parte más poderosa de nuestra mente. Es capaz de hacer cosas incluso cuando no nos damos ni cuenta.

—Si repites mucho esa frase —continuó el abuelo — lo que tu subconsciente entenderá es que le estás dando una orden: “Quiero que me ayudes a ser muy mala coleccionando insectos”.

—¡Pero yo no quiero eso abuelo! ¿Qué puedo hacer para frenar a mi subconsciente? ¡Quiero destruir a esa resistencia interior!

El abuelo comentó a los niños que en el universo todo es energía. Todo lo que se puede tocar es energía (eso lo había descubierto un científico muy inteligente que se llamaba Albert Einstein). Los pensamientos también son energía, y existen unos aparatos que pueden medir esa energía y mostrarla en una pantalla.

Les explicó también que la energía no se crea ni se destruye. Solamente se transforma. Lo hace continuamente, y de unas formas a otras. Las resistencias interiores también son energía, así que no es posible destruirlas. Pero sí que podemos

transformarlas... Podemos invertir las y lograr que esa energía, en lugar de frenarnos desde dentro, nos ayude a avanzar hacia nuestros deseos.

Una forma muy poderosa de lograrlo consiste en darle la vuelta a una creencia limitante, y convertirla en una frase poderosa, a la que se suele llamar “afirmación positiva”.

—Por ejemplo —prosiguió el abuelo— tomemos tu expresión: “Yo no valgo para coleccionar insectos”. ¿Cómo le podríamos dar la vuelta?

—“Yo soy muy buena coleccionando insectos” —respondió Carly al instante.

—¡Muy bien! Ahora esa frase expresa lo que tú quieres conseguir. La anterior decía lo que no querías conseguir, o mejor dicho, cómo frenarte para que no lo consiguieras nunca...

El abuelo le pidió a Carly que escribiera esa frase

en su libreta, y que la leyera cada día. De esa forma, al leer varias veces la misma frase, llegaría a su subconsciente, y desde allí le ayudaría a conseguir su objetivo mucho más rápido.

Pasaron a analizar la expresión de Adry. Él había comenzado diciendo: “¡Es imposible!”. El abuelo añadió:

—Adry, debes saber que puedes lograr todo lo que te propongas, siempre que estés dispuestos a poner el esfuerzo necesario por tu parte. Por supuesto, hablo de objetivos que no sean fantásticos (como por ejemplo desear hacerte invisible solo con pensarlo).

El abuelo les recomendó no repetir frases como “Es imposible”, porque son falsas, y solo logran frenarnos desde dentro. Representan una gran resistencia, y al repetirlas se logra que lleguen al

subconsciente.

Después, analizaron la segunda frase que Adry había pronunciado esa mañana: “Nunca conseguiré ganar las carreras”. Comprendieron enseguida que se trataba de otra creencia limitante, y que tenían que invertirla. Adry propuso la frase: “Yo gano las carreras y me siento muy feliz”. Al abuelo Juan le encantó, y le pidió a su nieto que la anotara en su diario y la leyera cada día.



## 15. La varita mágica completa

Los niños seguían en la habitación junto a su abuelo, con gran expectación por saber qué es lo que vendría después. El abuelo sonrió y dijo:

—Ha llegado un momento que vosotros estabais esperando con ilusión, y debo deciros que yo también. ¡Por fin habéis ganado el cuarto y último trozo de varita mágica! Pero, en lugar de entregaros el cuarto trozo, os voy a entregar una varita mágica a cada uno, para que la tengáis completa.

Entregó una varita a cada uno. Los niños la recibieron con ilusión, sonrisas y algún que otro salto de alegría. Agregó después:

—Recordad que estas varitas no tienen poder por sí mismas. Son un símbolo. Conservadlas y



miradlas cada día. Cuando las veáis, recordad que simbolizan el poder que existe dentro de vosotros y dentro de todo el universo. No olvidéis que vosotros y el universo sois una misma cosa. No estáis separados del resto del mundo, sino unidos a él. Ese poder, por tanto, está en todas partes, y todo ser humano puede utilizarlo si sabe cómo.

—Abuelo —preguntó Carly con gran curiosidad— me pregunto si ese poder durará para siempre...

—Es muy buena pregunta. Es para siempre, pero si no lo mantenéis, lo perderéis. Es importante que sigáis a partir de ahora visualizando vuestras metas, atentos a las sincronicidades, dispuestos a entrar en acción, pensando siempre cómo actuar para avanzar hacia vuestros deseos, y alerta ante vuestras resistencias interiores (para invertirlas como os he explicado). Si lo hacéis, entonces el poder seguirá en vosotros. Y no solo eso... ¡Se hará cada vez más grande!

—Pero, si hacemos eso, no vamos a tener tiempo para nada —agregó Adry con gran acierto.

—No debéis preocuparos. No es necesario pasar el día visualizando, buscando resistencias, y todo lo demás. Si tan solo intentáis poner en marcha uno de los pasos de la ley de la atracción cada día, aunque solo sea por unos minutos, ya lo estaréis haciendo muy bien. Y lo mejor de todo es que, cada vez, os resultará mucho más fácil. Al final apenas os costará esfuerzo.

El abuelo les dio una importante advertencia. La ley de la atracción es un gran poder. Y se puede utilizar para hacer bien, pero también para hacer el mal. Les recomendó nunca usarlo para hacer daño a otras personas. Si así lo hicieran, terminarían siempre haciéndose daño a sí mismos. Les pidió que nunca olvidaran la siguiente verdad:

**LO QUE DAS ES LO QUE RECIBES. SI HACES  
EL BIEN, RECIBIRÁS EL BIEN. PERO SI  
HACES MAL, RECIBIRÁS EL MAL.**



—Os quiero advertir también de algo muy importante —continuó el abuelo—. El poder de la ley de la atracción no pertenece a ninguna persona. Está en el universo entero. Os repito una vez más lo que ya os dije: en el universo todo está unido a todo. No existen las separaciones. Eso solo lo cree ese monstruo interior al que llamamos ego. Si en algún momento pensáis que el poder de la ley de la atracción os pertenece, os estáis equivocando, y es el monstruo llamado ego el que os intenta engañar desde dentro de vosotros.

—Entonces, ¿debemos compartir la ley de la atracción? —preguntó Carly.

—¡Eso es! —respondió el abuelo Juan con alegría. No puede ser de otro modo... ¡Lo que pertenece a todos solamente se puede compartir! Si os lo intentáis quedar, os estaréis oponiendo al universo entero, y os engañaréis a vosotros mismos. Haréis daño a otras personas, porque les impediréis obtener un poder que les hará más felices. Y

también os haréis daño a vosotros mismos de un modo u otro, porque estaréis haciendo más grande a vuestro ego.

—Entonces, ¿al compartir la ley de la atracción seremos más felices? —preguntó Adry.

—¡Así es! Cada vez que compartáis la ley de la atracción con otra persona, el poder se hará mayor para vosotros. Cuando lo hagáis, seréis más felices, y haréis felices a otras personas. ¡No dejéis de compartir la ley de la atracción con otras personas, incluso con las que peor os caigan! ¡La ley de la atracción es de todos!

El abuelo Juan terminó diciendo a sus nietos que todavía no habían terminado su recorrido. Ya tenían la varita, pero faltaba algo más. Les invitó a reunirse con él al día siguiente para la merienda. Les dijo que era una reunión muy importante.

Los niños se quedaron muy intrigados y con

muchas ganas de descubrir de qué se trataba...



## 16. Día de celebraciones

Adry y Carly pasaron el día muy impacientes por la llegada de la merienda. Por otro lado, no se separaron ni un instante de sus varitas mágicas, aunque las llevaron en su mochila y no las mostraron a ningún amigo en el colegio. Finalmente, llegó la hora de salir del colegio, y cuando Lily y Mateo fueron a recogerlos, pidieron a sus padres que les llevaran cuanto antes a casa para merendar.

Cuando llegaron a casa y entraron en el comedor, los dos hermanos se llevaron una sorpresa maravillosa. Encontraron allí al abuelo, que les recibía con una sonrisa. Había adornado la mesa con un mantel lleno de dibujos divertidos y servilletas de colores. Además había globos colgados por todas partes. Parecía una fiesta de cumpleaños. En mitad de la mesa, había una tarta, que tenía dibujada una varita mágica y los nombres



de Carly y Adry con chocolate blanco.

El abuelo les invitó a sentarse y les dijo:

—Todo gran logro debe celebrarse. Es muy importante hacerlo, porque así aumenta la alegría y el entusiasmo, y nos sentimos capaces de alcanzar éxitos todavía mayores. Hoy es el día de celebrar vuestro éxito con la ley de la atracción.

—¡Gracias abuelo Juan! —dijeron los dos hermanos mientras saltaban de alegría.

—Esta tarta —dijo el abuelo, guiñando un ojo a Lily y Mateo— la vamos a disfrutar para celebrar que ya habéis adquirido el mayor superpoder del mundo: la ley de la atracción. Y también para animaros a que sigáis utilizando este poder siempre. ¡Ah! Y con estos zumos de manzana vamos a brindar para desear que compartáis ese poder con el mayor número posible de personas.

Estaban disfrutando mucho de la merienda sorpresa que les había preparado el abuelo Juan. Ninguno de los dos se separó de su varita mágica en todo el tiempo.

—Hemos tenido un gran éxito, ¿verdad, abuelo?  
—preguntó Adry.

—Así es. Por eso había que celebrarlo. Pero recordad que no solo se trata de celebrar los éxitos cuando los alcancéis. También se trata de disfrutar de todo el camino que conduce a cada éxito, incluso si a veces ocurren cosas que no esperáis o algún que otro tropiezo. ¿Habéis disfrutado de esta aventura?

—¡Sí abuelo! —dijeron los dos niños a la vez.



El abuelo tomó una hoja de papel bien grande, y escribió un resumen de los cuatro pasos que habían seguido para aplicar la ley de la atracción:

1. VISUALIZA TU DESEO COMO SI YA FUERA REALIDAD Y SIÉNTETE MUY BIEN.
2. MANTENTE ALERTA Y DETECTA LAS SINCRONICIDADES. HAZ ALGO AL RESPECTO CUANDO DETECTES ALGUNA.
3. ¡MUÉVETE! ¿QUÉ PUEDES HACER PARA DAR UN PASO HACIA TU DESEO? ¿LO TIENES? ¡HAZLO YA!
4. DETECTA TUS RESISTENCIAS INTERNAS E INVIÉRTELAS.

Decidieron colgar esa hoja en la cocina, donde lo verían cada día durante los desayunos, meriendas y cenas. Así nunca se olvidarían de los pasos de la ley de la atracción y seguirían practicándolos cada día. Carly dijo:

—Hay algo curioso que te quiero decir, abuelo... Hoy durante el recreo he encontrado un insecto palo. Como sabes, es el bicho que más deseaba encontrar. Estaba encima de la tapa de mi insectario. Había llegado él mismo hasta allí. Otras personas dirían que ha sido por casualidad. Ahora ya sé que la palabra correcta es sincronicidad. Y, ¿sabes qué? No me he sentido muy impresionada. Es como si me pareciera normal que ocurriera algo así. Hace una semana estaría saltando de la emoción.

—En realidad, es normal —respondió el abuelo—. De hecho, esa es la forma de saber que has utilizado bien la ley de la atracción. Cuando no te impresiona ver esas sincronicidades tan

asombrosas y ver tu deseo ya hecho realidad, significa que has usado la ley de la atracción adecuadamente.

—Pero, ¿por qué no sorprende ver nuestro deseo hecho realidad? —preguntó Carly.

—Porque ese deseo no es nuevo. No te sorprende, porque ya lo habías visto antes...

—¿Dónde? —consultó Carly extrañada.

—¡En tu mente! Recuerda que al visualizar, tu deseo ya es real, y te sientes como si así fuera.

Adry escuchaba muy atento, y no pudo evitar preguntar:

—Abuelo, la señorita Dulcy dice que las cosas se demuestran a través de la ciencia, de forma muy rigurosa y exacta (esas fueron sus palabras). ¿Se puede demostrar también la ley de la atracción con la ciencia?

—¡No, en absoluto! La ley de la atracción no

puede ser demostrada con el método que usa la ciencia. No es científica. Pero no por ello deja de ser real. Vosotros ya lo sabéis. ¿Acaso lo habéis comprobado con la ayuda de un científico? ¡Para nada! Lo habéis hecho a través de vuestra propia experiencia. Y eso ya es suficiente para que sea cierto. Hasta uno de los científicos más famoso de la historia (llamado Albert Einstein) reconoció que existen cosas muy reales que la ciencia no puede demostrar...

Iban a recoger la mesa cuando Carly le preguntó a su abuelo:

—Por cierto... ¿Cómo crees que ha hecho mi amiga Mely para tener el superpoder de convertir en piedra los caramelos?

El abuelo soltó una carcajada, y le pidió a su nieta que se acercara. Le contó algo al oído, y al cabo

de un rato, Carly comenzó a reír junto con su abuelo.





## 17. Una pequeña lección para Mely

Había pasado un mes desde la fiesta con el abuelo Juan. Sin duda, Adry y Carly habían utilizado bien la ley de la atracción, puesto que Adry llevaba varios días ganando las carreras en el recreo, y se había convertido en un rival muy difícil de superar.

El entrenamiento que estaba recibiendo estaba dando resultados. Por otro lado, Carly tenía un insectario con más de cincuenta especies de insectos y otros animales (lo cual hacía que esa cajita fuera algo más que un insectario). Además, lograba algo que dejaba a sus amigas con la boca abierta: era capaz de colocar a los insectos en sus brazos y hombros, y permanecían allí con ella durante largos periodos. Un día llegó a tener una lagartija en su brazo durante un día entero. Incluso podía soltarla, a varios metros, y la lagartija volvía hacia ella y se subía en su brazo. ¡Era

increíble! Los insectos se sentían a gusto con ella. Lo que había logrado era incluso mejor que lo que había visualizado aquel día junto a su abuelo.

En el comedor de la escuela, los niños terminaban su comida disfrutando de una deliciosa ensalada de frutas. Al terminar, salieron al recreo a jugar, como de costumbre.

Carly le pidió a Mely que convirtiera de nuevo un caramelo en piedra. Como de costumbre, Mely se mostró con aires de superioridad, y les dijo a sus amigas que miraran con mucha atención. Se formó un corro a su alrededor. Mely sacó un caramelo de su bolsillo, y les dijo a todos que observarían como con su mirada convertiría ese caramelo en piedra.

Cuando comenzó a concentrarse, Carly la interrumpió diciendo:

—¡Espera Mely! ¡No me has entendido! Yo no quiero que conviertas en piedra ese caramelo que has sacado de tu bolsillo. Dámelo por favor

Ante tantas miradas, Mely no tuvo valor para discutir con Carly, y le entregó el caramelo. Acto seguido, Carly sacó de su bolsillo otro caramelo y se lo entregó a Mely, diciéndole:

—El caramelo que quiero que conviertas en piedra es este.

—¡Ahora estoy cansada! —respondió Mely enfadada, mientras lanzaba el caramelo al suelo con fuerzas, para luego pisotearlo.

—¡No me digas que estás perdiendo tu superpoder! —respondió Carly con una sonrisa burlona.

Todos los niños y niñas del corro comenzaron a burlarse de Mely, y canturreaban: “¡Mely ha

perdido su poder!”. La cara de Mely se puso colorada y comenzó a decir a gritos:

—¡Callaos todos! ¡Yo no he perdido ningún poder!

—Mirad amigos —dijo Carly—. El poder de Mely lo tengo ahora yo. Fijaros lo que va a pasar cuando mire este caramelo fijamente.

Tomó en su mano el caramelo que le había entregado Mely. Lo miró fijamente y luego lo abrió. Ante el asombro de todos los presentes, de allí salió una piedra. Todos estaban asombrados. Emy dijo:

—¡Guau! ¡Carly le ha quitado el poder a Mely!

—En realidad no le he quitado nada —respondió Carly sonriente— porque Mely no tenía ningún poder. Lo que tenía era el envoltorio de un caramelo con una piedra dentro, bien guardado en su bolsillo. Al abrirlo, como es normal, siempre

salía de allí una piedra. Y todos hemos creído que tenía un superpoder. Hoy he cogido su caramelo falso, y os he hecho creer que el poder lo tenía yo. Pero yo soy sincera y no quiero engañaros... ¡Ese superpoder ni lo tiene Mely, ni existe!

Todos miraron indignados a Mely, que se puso a llorar, y se fue andando hacia la otra parte del recreo, humillada y con la cabeza inclinada. Estuvo llorando durante unos minutos, hasta que notó una mano que le acariciaba el hombro con un signo de amistad. Mely se giró y vio que era Carly. Su primera reacción fue empujarla, pero Carly la calmó diciendo:

—Mely, yo sé que necesitas sentirte importante. Y para ello has inventado un superpoder que no existe.

—Tienes razón Carly...

—Pero, ¿sabes? No es necesario que inventes

ningún superpoder, por dos razones. En primer lugar, porque tú no necesitas demostrar que eres importante. Para nosotras, tus amigas, tú siempre eres y serás importante. En segundo lugar, no tienes que inventar ningún superpoder, porque ya tienes uno.

—¿Cuál? —preguntó Mely intrigada.

—Es un poder que todos los seres humanos tenemos, pero que no todos lo saben, y no todos lo usan. Se llama la ley de la atracción. ¿Quieres que te enseñe a usarlo?

—¡Sí, por favor!

—De acuerdo, pero debes prometerme que nunca más vas a intentar ser más importante que los demás, ni vas a decirnos lo que tenemos que hacer. Lo decidiremos todo entre Emy, tú y yo. ¿De acuerdo?

Mely asintió, y Carly sacó de su bolsillo la varita que le había regalado su abuelo. Le dijo a Mely

que tendría que ganarse esa varita mágica parte por parte, y le explicó cómo conseguir el primer trozo...





**FIN**



## Deja tu comentario

Muchas gracias por haber llegado hasta esta página. Solo por eso, ha merecido la pena escribir este libro.

Si te ha gustado esta obra, te agradeceré mucho que compartas tu comentario en Amazon, y desde ya te lo agradezco infinitamente.

Si lo has comprado en **Amazon España**, puedes hacerlo [aquí](#).

Si lo has comprado en **Amazon México**, puedes hacerlo [aquí](#).

También puedes hacerlo **desde Amazon.com**, [aquí](#).